

## EL REY ARTISTA.



La muerte acaba de herir á un rey jubilado, que tuvo hace unos cuarenta años el privilegio de preocupar á los gabinetes, y que figuró allá en los tiempos de la cuádruple alianza que aseguró los tronos peninsulares ocupados por hembras ambos, y ambos combatidos con furia por los partidos absolutistas.

El rey Don Fernando II de Portugal nació duque de Saxe Coburgo Gotta, en 1816, y como su hermano el príncipe Alberto, fué escogido para consorte de una soberana.

Su abolengo, sin embargo, era más marcial que pacífico. La casa ducal de Saxe Coburgo desciende en línea recta de los grandes príncipes sajones que lucharon en contra de los antiguos emperadores de Alemania, y se opusieron á la dinastía de Carlomagno. En 918 el jefe de la casa fué electo emperador con el nombre de Enrique I, y bajo su dominio se reunieron á Alemania la Bohemia, Italia y Lotaringia. Entre los ascendientes del rey Don Fernando se cuenta al mariscal de Saxe, que derrotó á los ingleses, austriacos y alemanes en 1745 en la batalla de Fontenoy.

Peró el destino de las cosas humanas varía con el tiempo, y nuestro siglo reservaba á los biznietos del vencedor del duque de Cuberland, el papel de fieles administradores, de príncipes consortes y de pacíficos engendradores de reyes.

Sin embargo, el rey padre de Portugal, pudo figurar en los estadios de la política, cuando en 1853 murió su esposa Doña María de la Gloria, y empuñó las riendas del gobierno como regente durante la minoría de su hijo Don Pedro I.

Don Fernando se echó en brazos del partido progresista, cambiando totalmente la marcha política que había seguido su esposa en los últimos años de su reinado.

Cuando su hijo subió al trono al llegar á la mayor edad, el regente se retiró á la vida privada en su castillo de Cintra, y no volvió á sonar su nombre en los gabinetes europeos sino alguna vez que alguien lo propuso para que viniese á representar en México el papel que tocó al infeliz Maximiliano, y cuando en 1868 estalló la revolución de Cádiz.

Prim, Fernández de los Ríos, Romero Ortiz y otros, le llegaron á formalizar la oferta de la corona de España; pero Don Fernando puso entre otras condiciones, que se había de arreglar el modo de que nunca las coronas de España y Portugal se reuniesen en una sola persona. Esta salida desconcertó á los partidarios de la *unión ibérica*, y provocó un delirante entusiasmo entre los portugueses.

La vida política del rey Don Fernando había, pues, concluido hace muchos años, de modo que su muerte no deja ningún problema dinástico ó social por resolver; pero sí deja en el pueblo lusitano el recuerdo de su administración liberal, y en el mundo inteligente el aprecio de sus elevadas facultades intelectuales y de su protección á las bellas artes.

Siendo regente inició la reconstrucción del monasterio de Batalha, ese grandioso monumento legado á la admiración de los siglos por el genio batallador del Maestre de Aviz, «obra de arte, según un escritor moderno, más eficaz por sí sola para la educación estética de un pueblo, que diez universidades y veinte academias.»

El panteón real en *San Vicente da fora*, á donde ha ido á reposar su cadáver, fué obra suya. Antes, los reyes de Portugal eran enterrados en distintos lugares. Don Juan I y sus hijos están en Batalha, sobre el sangriento campo de Aljubarrota. En Alcobaca se ve la tumba violada de Juan II, y el túmulo de Don Pedro el Cruel junto al de Inés de Castro; en Belem están Don Manuel el Afortunado, Alfonso VI y los huesos problemáticos de Don Sebastián.

Cuando el rey padre bajó del trono á la mayoría de su hijo, pudo dar ensanche á sus aficiones artísticas, de las que no lo apartaron ni los grandes pesares de familia, cuando la muerte segó á todos sus hijos, menos al actual rey que andaba con la escuadra en lejanos mares, y el infante Don Augusto á quien el rigor de las leyes sanitarias ha detenido durante la agonía de su padre, en un mísero lazareto de la frontera.

Don Fernando compró el palacio de Cintra, antiguo penitenciario de frailes arruinado, allá en el pico de una serranía que domina el mar y el Tajo; paseo solitario del gran Don Manuel, cuando iba á esperar las naos de Vasco de Gama, y faro salvador de Colón en su primera vuelta de las Antillas.

En poder de su nuevo propietario, Cintra se convirtió en la más féerica de las moradas señoriales; los *parterres* de camelias cubrieron sus quiebras y las plantas más raras y exóticas se entrelazaron á las indígenas por inteligente mano.

Me acuerdo aún de la emoción con que escribí allí mismo esta página de un libro mio:

«Las lianas y el alcornoque, el plátano y el pino, las palmas y el cedro, se confunden entrecortados por sonrientes lagos. Frescas fuentes forman plazoletas en las avenidas en declive.... allá arriba la ficción feudal con sus riquezas artísticas; á cada momento una escapada de vista sobre el océano ó el valle; abajo el caserío disperso, como bandadas de aves, y por música, *en medio de esa calma profunda, de esa calma grandiosa que nada en el mundo podría interrumpir*, como dice una de las más espirituales mujeres de nuestro siglo, el cimbrear de los pinos y el eterno murmurio de los cedros. ¡La orquesta de las alturas! ¡El himno de la naturaleza!»

Era el día en que la legación mexicana iba á visitar al rey padre. Después de ascender caballeros en hermosos asnos, único medio de arribar á aquella altura, llegamos al portón árabe y fuimos introducidos á un pequeño salón revestido de preciosos azulejos. El rey, en traje de campo, nos quiso enseñar por sí mismo lo más preciado de su morada: los antiguos claustros transformados en museos y la capilla ojival que ya he descrito en mis *Cartas sobre Portugal*. Al llegar nosotros, estaba leyendo el *Figaro* en una mecedora y fumaba tranquilamente su pipa, que vimos al pasar todavía encendida, sobre un velador junto á una ventana del antiguo claustro.

En Lisboa habitaba el palacio conocido por el nombre de *Palacio de las Necesidades*, que también había sido convento, y en él reunió Don Fernando riquísimas colecciones como hay pocas en Europa, de pintura y de cerámica.

No sólo su afición á las bellas artes, sino su habilidad en ellas, pues por sí mismo decoró con frescos alguna parte de Cintra, y era sobre todo un excelente músico, le valieron el dictado de *rey artista*.

Así alejado de la política, haciendo raras apariciones en la corte, viviendo como un simple particular rico, vivió largos años, en los que no se ocupaba, fuera de sus distracciones favoritas, sino de los trabajos de la *Real Asociación de Agricultura Portuguesa*, que él había fundado.

Su casamiento morganático en 1869 con la conocida artista de teatro Elisa Hensler, hoy condesa de Elda, conmovió á los corifeos de la etiqueta; pero no se le hizo vacilar ni un momento en la elección que había hecho, y siguió viviendo tranquilo é indiferente á las murmuraciones, satisfecho del hogar que se había formado.

Para que se tenga una idea del medio en que vivía, hé aquí la descripción del cuarto en donde pasó sus últimos momentos:

«La cámara en que murió Su Majestad es una de las más pequeñas del ala izquierda del Palacio de las Necesidades. No tiene sino dos ventanas. En el centro, y tocando el muro del lado derecho, se ve una gran cama antigua cubierta con cortinas de damasco de seda. Alrededor hay magníficos cuadros, esmaltes de Limoges, dos magníficos Cristos antiguos y una soberbia *Mater Dolorosa*; al lado derecho un pequeño cuadro de autor antiguo célebre, representando la *Sagrada Familia* y cuadros de Lupi y de Silva Porto.

«Por una pequeña puerta del gabinete de *toilette*, se pasa á la sala de Sajonia en donde comía Su Majestad desde que se enfermó. Esta sala se llama así por la numerosa y rica colección de vajilla de Sajonia que se encuentra reunida y dispuesta sobre estanterías de mármol ó en elegantes armarios antiguos cubiertos con cristal, y que encierran los objetos más raros, tazas con pinturas alegóricas, *ejemplares únicos* de un gran valor.»

El *rey artista* ya estaba condenado por el cáncer á una muerte próxima, y sin embargo, su ánimo no desmayaba; tres días antes de su muerte asistió en su palco del teatro *San Carlo* á la representación de *Hugonotes*.

Un accidente fatal, una caída que le lesionó el cerebro, vino á abreviar la agonía á que estaba condenado, y el 15 de Diciembre último falleció después de diez y nueve horas de sufrimiento, en las que no pronunció sino estas palabras: «*Mon bon Dieu.*»

Con él ha desaparecido un inteligente protector del arte en sus más bellas manifestaciones, un espíritu elevado, un corazón hecho para gozar con las obras de la inteligencia, y como su personalidad de rey y de gobernante había pasado ya á la historia, su patria adoptiva ha sido sincera en sus manifestaciones de duelo. En torno de su cadáver no han estallado ni vanas esperanzas, ni acallados despechos por el fallo del destino, sino que todos han llorado la pérdida de un prócer ilustre, de una inteligencia superior y de un corazón bondadoso.

GUSTAVO BAZ.